

cuerpo ni muy bien delineado, y ponía todo esmero en lucir los negros ojos; porque por lo demás, la frente estrecha, la nariz roma y los labios abultados no daban motivo á la vanidad más loca para estudiar un gesto.

Don Ambrosio consideraba embobado las bellas cualidades de su hija, poniendo, sobre todo, la mira en su inocencia; virtud que la muchacha había conservado inmaculada, en concepto de Barbadillo. Por esto le causaba tanta indignación bajar los ojos al patio, y decía con frecuencia:

—Voy á tomar el piso bajo por mi cuenta, y arreglaré esta casa desde el zaguán.

Pero después reflexionaba con calma, que despedida la familia Torrubio, era de esperarse que Ferrusca, el montañés, la siguiera; la accesoria era cara, y dos ó tres meses que podía quedarse vacía eran un grave quebranto para el arrendatario.

Tal era la casa que en la calle del Puente de Monzón tenía sobre la puerta en borrosas letras azules la inscripción: *Casa de Huéspedes*.

Y si he callado respecto al segundo patio,

en que estaban el comedor y la cocina, ha sido por no entrar en menudencias prolijas, y por no traer á la memoria el mal olor y la poca limpieza que allí reinaban.

V.

Consulta.

GRANDÍSIMA fué mi alegría y no menor la de Pepe Rojo, cuando nos dimos el estrecho abrazo de saludo, después de algunos meses de no vernos. Nuestras carnes, medradas ó empobrecidas, la suerte que cada cual corriera después de nuestra separación, nuestro objeto en la capital de la República, y las esperanzas que podríamos abrigar, fueron sucesivamente materia de franca é íntima conversación que comenzada á las diez de la mañana, se prolongó hasta la hora de comer.

Pepe andaba de mal pelaje, con la misma ropa que en la capital del Estado le conocí, puesta fuera del uso por la moda, y de lo de-

cente por el constante trabajo. Ganaba quince pesos al mes, escribiendo en una notaría, lo cual no era poco para su mala letra; pero ocupado el día entero, no podía dedicarse al estudio, y desesperaba de llegar á recibir el título de abogado. Aquello era para reventar. Había pedido audiencia á un ministro, y en quince días de antesala infructuosa, dejó de ganar siete pesos en la notaría; y puesto así á punto de quiebra y aun á punto y coma de hambre, hubo de abandonar su empeño, cuando había hecho ya méritos de paciencia para ser recibido.

Por mi parte no mentí á Pepe como á Carrasco, y le declaré que no contaba con nada, y que la primera mensualidad quedaba pagada á Barbadillo, mediante el sacrificio de mi reloj, el cual paraba en poder de Ferrusca, como prenda y garantía de mi honradez.

—¿Y las rentas de aquella hermosa propiedad? me preguntó Pepe. Debiera vd. vivir como príncipe desterrado.

—¿Las rentas? Pues las rentas..... Había otra hipoteca nueva, y las rentas pagaban

el interés. ¡Vamos, que me daba vergüenza decirle la verdad de esto á Pepe mismo!

De lo demás no callé nada. Me había visto precisado á salir de San Martín, después de la muerte del Padre Marojo, porque sólo él podía contener al Jefe político, al Juez, al Presidente del Ayuntamiento, á todos los que ganaban un real en empleo ó tenían papel en cualquier ramo de la Administración, los cuales estaban indignados por el golpe que dí á un diputado, y se desvivían por enviarme á la capital atado de pies y manos. Tenían un empeño extraordinario en cumplir con su deber, y si no salgo tan pronto, le cumplen sin remedio.

Abundante materia nos dió para hablar la triste situación en que nos encontrábamos, y como era la mía más lastimosa sin duda, y el corazón de Pepe de suyo generoso y sin egoismo, recaía más á menudo la conversación sobre la próxima mensualidad de Barbadillo, que no había aún indicio de que pudiera ser pagada.

El temor que me infundía la dificultad, me inclinaba á no pensar en ella y me ha-

cía huir la ocasión de mirarla de frente y en toda su desnudez; pero con Pepe, hombre razonador y juicioso, aunque pareciera atolondronado, no había poder escapar de lo que la sana prudencia exigía. Ví de bulto mi afflictiva situación, y apremiado por Pepe tenía yo que contestar á esta pregunta: ¿qué iba yo á hacer el último día del mes? Y no encontraba yo que decir.

—Con mil diablos, exclamó Pepe; dígame vd. que ha pensado y determinado no pagar, y estaremos conformes. No soy de moral muy escrupulosa. Pero no me salga con que no ha pensado nada, porque esto, si no es inmoral, es tonto, lo cual me parece peor.

Pepe seguía apremiándome con palabras que no me dejaban salida, pues tanta vergüenza me causaba declarar el uno cómo el otro extremo de los que él proponía con lógica inflexible. La idea me bullía en la mente, las palabras se me venfan á la boca y la comezón del día anterior me escoecía las entrañas; y sin embargo, fué preciso para hacerme hablar que el estudiantón me asedia-ra media hora sin tregua ni descanso.

—¿Qué opinión tiene vd. de Carrasco? le pregunté tímidamente.

—Me parece un animal, me contestó; pero como le conozco de poco tiempo acá, no es difícil que sea dos animales y que yo no lo haya notado todavía.

—Es periodista, agregué.

—Sí, ya lo sé; y es capaz de ser otra cosa peor.

Guardé yo silencio al oír tal respuesta; pero á poco aventuré esta frase:

—Según eso, cree vd. que no debe uno ser periodista.

—Pero, hombre; replicó Pepe con cómica ingenuidad, ¿cuándo le he dicho á vd. que no se deben hacer cosas malas? Pero vamos á ver; eso quiere decir algo. ¿Porqué me hace vd. esa pregunta?

Vencí mis temores y conté á Pepe mi conversación con Carrasco, interrumpido repetidas veces por los aspavientos de mi amigo.

—¡Demonio! exclamó cuando concluí. ¿Y se guardaba vd. esto sin reventar? ¿Y se anda vd. con escrúpulos, cuando ve á Carrasco escribiendo; á ese pedazo de animal que no sabe donde tiene las narices?

—Es decir que vd. cree..... dije yo, estremecido por un escalofrío súbito.

—Creo que no debe pensarse un segundo; en primer lugar, porque no es cuestión dudosa la de si se come ó no se come; en segundo, porque no hay entre qué elegir; y en tercero, Juanito ¿le parece á vd. poco ser periodista, pertenecer al cuarto poder del Estado?

—¿El cuarto poder?

—El cuarto, sí, señor. Algunos publicistas habían creído que debía existir un poder municipal: pero esto resultó una tontería; y estudios más profundos, y la práctica, sobre todo, han venido á poner en claro, que el poder único que puede y debe añadirse á los tres poderes sociales existentes y conocidos, es el de la prensa. Vd., que no ha estudiado derecho público, no sabe nada de esto, ¡qué ha de saber! pero yo le enseñaré en quince lecciones cuanto necesita para no quedarse callado en los córrillos más presuntuosos. El congreso es representante de la voluntad del pueblo ¿verdad? pues la prensa lo es de la opinión pública. ¡Imagí-

nese vd. representando á la opinión pública! Nada; no abrirá vd. la boca sin que sea en nombre de la tal señora, que es persona decente, por más que ande en manos de todo el mundo. Esto es cómodo, porque la elección la hace vd. mismo, y no dudo de que cuenta vd. con su propio voto; y en cuanto á credencial, que se la dé á vd. el director de *La Columna del Estado*, con un movimiento afirmativo de cabeza, pues no hay fórmula determinada para ese importante documento.

—Hablemos en serio, dije amostazado.

—No estoy de broma, replicó el estudiante; tan formalmente hablo, que si el magnánimo señor Carrasco puede y quiere extender á mí la gracia de su protección, también acepto de buena voluntad, protestando ser digno sustentador de esa columna soberbia, no ensoberbecerme con los pequeños, no dar más oído á las lágrimas del pobre que á la justicia del rico, temer á Dios y recortarme las uñas, como el gobernador de la *Ínsula Barataria*.

—¿Aceptaría vd? pregunté con alegría.

—¡Ya lo creo! la primera oración es *el pan nuestro*; después ya puede uno encomendarse al santo de su devoción.

—La verdad, Pepe; á mí me entusiasma la carrera!

—A mi también, hijo mío, á mi también; porque me parece mejor que la de escribiente de notario.

—Yo siento inclinación.....

—¡Magnífico! Y no se piense vd.; el hambre ha sido la fuerza impulsiva de la civilización; y más que eso, la reveladora de los genios. Yo compadezco á los ricos, porque nunca llegan á saber si tienen talento ó no. Imagínese vd. un genio ahito. ¿Para qué ha de pensar? No tienen las letras, las ciencias y las artes, mayor enemigo que un lomo relleno, alimento macizo, compacto y de peso, que quita por tres días la tentación de pensar en cosas útiles. Si Homero se hubiera sentado en rueda con Agamenón, Aquiles y comparsa á devorar tanto toro asado como aquellos señores tenían por costumbre, nos quedamos sin *Iliada*; y si Cide Hamete participa de la famosa espuma de San-

cho en las bodas de Camacho, nos quedamos sin Quijote. No, señor; el hambre es el alimento del espíritu, es la levadura con que fermentan las grandes concepciones; y hay genios que viven ignorados bajo una capa de gordura y un abdomen repleto, como los ricos minerales que dormirán, eternamente desconocidos, bajo gruesas capas de tierra despreciable. Después de todo, vd. que tan inclinado se siente al periodismo, quizá resulte luego un genio como otro cualquiera. Esa inclinación me parece la omnipotente fuerza reveladora del hambre. ¡Desdichados los que no la sienten nunca!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

VI. Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

"La Columna."

EL tiempo corría con su paso de veinticuatro horas diarias, el cual me parecía demasiado lento cuando esperaba la resolución del Director de *La Columna*, que iba aplazándose de lunes en lunes, y demasiado rápido, si me venía á la memoria la terrible conclusión del mes, idea naturalmente asociada á la del pago de mi pensión al capitán Barbadillo. Y no lograba calmarme, por más que en ello ponía todo su empeño el bueno de Carrasco, que me visitaba todos los días, excepto el anterior á la salida de cada número del periódico, por estar en tales ocasiones sumamente ocupado.

Decía Carrasco que el negocio estaba arreglado; que el Director nos aceptaba, aunque no tenía la honra de conocernos, con sólo las recomendaciones del mismo Sabás, quien por la cuenta, ejercía grande influencia en el ánimo y determinaciones de aquel hombre. Pero la cosa dependía del arreglo de otro asunto que el Director traía entre manos, y por el cual era traído y llevado de la redacción al Ministerio de Hacienda y del Ministerio á la redacción, cuatro veces en la mañana.

El periodista de San Martín de la Piedra me explicó al fin el enigma: *La Columna* era el mejor sostén del Gobierno; el periódico más leal y valiente en la defensa, y para ser en todo y por todo el más útil de los amigos, le faltaba sólo ser diario. El Sr. Ministro, que todo esto comprendía, llamó al Sr. Albar y Gómez, y le manifestó su deseo de que *La Columna* se publicase todos los días, ofreciéndole (puesto que era para bien del Gobierno) ayudarle á sostenerla, con *algo más* de lo que ya se le ministraba como auxilio. Y aquí estaba el nudo. Albar y Gó-

mez temía que el periódico perdiese su independencia, recibiendo una suma regular, y quería hacer diaria su publicación sin recibir un centavo de aumento; pero esto no podía consentirlo el Ministro, y había dicho terminantemente á Albar que tomaría su insistencia como desaire.

Ahora bien: si al fin cedía el Director, tendríamos colocación nosotros, pues no era indispensable economizar; pero si cedía el Ministro, la colocación era imposible por la razón inversa.

Tal como Carrasco me lo contó, lo creí. Lo referí á Pepe, y como una sonrisa burlesca del maldiciente estudiante me hiciera preguntarle si sería todo ello un cuento, me dijo:

—No sea vd. superficial; váyase al fondo de las cosas, y ruegue á Dios que el caballeroso Director sea menos magnánimo y desprendido.

Tocaba ya á su fin el mes de Mayo, y yo inventariaba en mi imaginación todos mis bienes, sin encontrar entre ellos cosa que poner en manos de Ferrusca, cuando una

tarde, bajo las primeras gruesas gotas de un chaparrón soberbio, entró Sabás en mi cuarto, sofocado, jadeante, quebrado el color; y dejándose caer en mi cama exclamó:

—¡Negocio hecho!

—¡Cómo!

—Hecho, concluido. Desde el día primero, *La Columna* se publicará diariamente, el jefe cedió al fin, y está en lo dicho. Usted y Pepe quedan admitidos.

Estreché á Sabás en mis brazos con tanta alegría y tan fuera de mí, que á poco más le habría roto un hueso. Perdí la dignidad de hombre serio y dí tres saltos y media docena de gritos que hicieron venir corriendo á la puerta á los chicos del agente.

Sí, señor; desde el día primero. Cinco pesos por semana; porque los sueldos se arreglaban así. Nosotros nos repartiríamos el trabajo como nos pareciera mejor. El periódico sería diario. ¡Cómo repetía Carrasco esto! Parecía que un hijo suyo había sido elevado á ministro. Le tenía mucho cariño á *La Columna*. Se publicaría todos los días excepto los lunes y los siguientes á las gran-

des festividades religiosas y civiles. No por esto dejaba de ser diario.

Llamamos á un mozo y le dimos las señas: calle de Cordobanes, notaría pública de D. Sabino Angosto; que venga inmediatamente D. José Rojo; asunto de urgencia; Monzón, casa de huéspedes.

Era preciso ir á presentarse al Sr. Albar y Gómez para organizar la cosa. Apenas quedaba tiempo para comenzar el día primero.

Esperamos á que las sombras de la tarde tomaran ese color propicio á la mala ropa, ese color democrático que todo lo iguala dentro de un aposento; y antes de que fuera hora de encender luces, nos presentamos Pepe y yo, apadrinados por Carrasco, ante el Sr. D. Pablo Albar y Gómez, conocido periodista, director de *La Columna del Estado*.

Era él un hombrecillo de poca estatura, cargado de hombros y más flaco de lo que había menester para parecer chico de escuela, si se le veía por la espalda. Míope obstinado en no usar lentes quizá por la

exigüidad de la nariz respingona, á fuerza de repetirle, se había quedado con el gesto compungido y rugoso en la cara; ese gesto del corto de vista que procura ver á corta distancia, apretando los párpados con fuerza, pero debajo de tan escasa nariz, nacían dos bigotes, que si no eran notables por espesos, bastaban para marcarle por hombre, visto de frente. En cuanto á su edad era difícil de colegirse, porque D. Pablo guardaba el secreto bajo las siete llaves de su piel azteca.

Esperaba yo, sobre un recibimiento cortés y hasta cortesano, una larga conversación instructiva referente á la situación actual del país y las excelencias de su gobierno; manera fina y decente de indicarnos el camino que en la redacción deberíamos seguir; y esperaba yo, además, que á la postre y con sutilísima delicadeza nos daría á entender lo de tanto más cuanto, y aquello de que después, mejorando las cosas, afirmada sobre buenas bases la publicación, nosotros mejoraríamos también. Pero nada hubo de lo esperado. Aquello fué el ajuste de dos

peones á tanto el día, por lo claro, lo breve y lo prosaico.

—En cuanto al modo, nos dijo para concluir, ya Carrasco sabe y él les dirá. El periódico sale la víspera á las cinco de la tarde; de suerte que deben apurarse para que el número del día primero se ponga en venta el día treinta y uno, para lo cual es preciso que den el material el treinta.

—Lo escribiremos el veintinueve, dijo Pepe con pasmoso aplomo y seriedad.

Yo me quedé estupefacto, pero creí imprudente pedir explicaciones.

En efecto, el día primero de Junio *La Columna* apareció con *cabeza* nueva, anunciando en su primer artículo que, favorecida por gran número de suscritores, saldría de allí adelante todos los días; que introducía desde luego grandes mejoras en la parte tipográfica, y que las filas de la redacción habían sido engrosadas con inteligentes y hábiles periodistas, siendo esto último motivo para felicitar á los lectores. El tal artículo era obra de Sabás, y casi me produjo ira; pero un oportuno discurso de Pepe, y la

observación de que nuestros nombres no figuraban en el periódico, que sólo daba el del director, fueron razones suficientes para calmarme.

Yo comencé por escribir algunos párrafos de gacetilla, sobre asuntos que Sabás me apuntaba; borrando y enmendando, y creyendo ver en cada palabra un desatino; pero el ejemplo de Pepe, que desde luego arrojó las más difíciles materias en largos artículos, y la poca conciencia con que Sabás plumeaba, como si estuviera aún en la Jefatura de San Martín, me alentaron y desencogieron y á los quince días eché mi cuarto á espadas con un editorial de dos pliegos, soporífero y tonto, sobre la paz y concordia en que la nación vivía, gracias al celo y pulso del atentadísimo Gabinete que gobernaba.

Mientras tanto Barbadillo se había conformado, sabedor de mi buena posición, con esperar un poco; y ya con tal desahogo, me entregué con tesón á mi tarea, de suerte que al espirar el mes de Junio, para mí escribir un articulazo era asunto de un par de horas y de cuatro pensamientos amplios, bien am-

plios y generales, desleídos en una docena de cuartillas. Pero lo cierto era que nadie paraba la atención en mis artículos, y yo mismo notaba que eran tan cansados como los de Carrasco. ¡Ya ni siquiera sentía yo aquella comezón en las entrañas!

VII.

Una noticia.

UNA de las primeras noches de Julio, después de desembarazarme de Pepe, valiéndome de rebuscados pretextos, me dirigí á la calle del Amor de Dios; apresurando el paso para hacer tan largo camino en el menor espacio de tiempo. Los negros nubarrones que iban cubriendo el cielo, me infundían temor, tanto más cuanto que aun no había podido proveerme de un paraguas; pero no era bastante la amenaza del cielo para retraerme de mi designio, porque había yo recibido desde por la mañana un recado en el cual se me llamaba con cierta misteriosa urgencia.

Entré en la casa, subí las escalera, y como la señora viuda de D. Pedro Llamas, su hermano y su prima eran muy ordenados en el gastar, los corredores estaban casi á oscuras, debiéndose el *casi* á la luz débil que salía por dos puertas de las habitaciones. Tosí para que alguien me oyera; pero la tertulia de los tres viejos estaba animada, á juzgar por las voces que llegaban hasta mí; y nadie salió. Avancé entonces con la timidez de quien teme ser imprudente, y como volviera á toser, una voz fresca y simpática dijo á mis espaldas:

—Juan Lanás, creí que me dejarías esperando.

Y cuando volví hacia atrás, Felicia me dió un abrazo con su natural franqueza; me tomó en seguida por un brazo y casi me arrastró, haciéndome entrar en su cuartito.

—Sigo muy bien, me dijo; estoy encantada con estas gentes, que son muy buenas, y procuro corresponderles. Don Blas está muy satisfecho, porque luego que me traen el periódico se lo llevo á su cuarto, y como él es muy dado á la política, lo lee todo.

Yo ni lo entiendo, hijito; ya sé que todo lo que tú escribas ha de ser muy bueno; pero como no pones tu firma, temo leer un artículo de Carrasco y encontrarlo bueno.

Don Pedro Llamas fué, sin duda, muy parecido á sus hermanas de San Martín, y trasmitió á su mujer por contagio, y luego ésta á su hermana y su prima Encarnación, el carácter, las aficiones y las tendencias de raza. Don Justo, cuñado de la señora, me dió para ella una carta de recomendación, y así fué como vino á dar Felicia á la calle del Amor de Dios, y al seno de aquella buena familia, cuyo afecto supo granjearse en poco tiempo, y aun hacerle extensivo á mí.

Felicia, á pesar de sus recientes golpes, era la misma niña vivaracha y alegre que me curaba en San Martín la herida que recibí cuando andaba en la *bola*. Estaba, sí, algo más alta, sus mejillas no conservaban el color fresco de rosa que antes lucían, y habría tomado un aire melancólico su semblante, por la suave palidez, si no se opusieran á ello sus ojos chispeantes y habladores.

Me habló aquella noche de todo cuanto le vino á la cabeza, como tenía por costumbre; acompañando cada frase del gracioso y desenfadado gesto que le era propio; y tres ó cuatro veces mezcló con diversos asuntos el sacrificio que yo hacía por ella y la carga que me había echado encima, cuando la ví sola en el mundo, al morir su buen tío.

Cada vez que aquellas señoras le decían que era yo muy bueno, le parecía que no decían nada; porque yo no era bueno, sino mejor y mucho mejor. Bueno, podía serlo cualquiera. Y si no ¿qué había yo comido antes de ser periodista? Por fortuna tenía yo un talentazo de los que hay pocos, y sabía yo mucho. Ella conocía muy bien mi situación: la casa del pueblo se había vendido y sólo me quedaba el ranchito, éste estaba arrendado á Don Justo Llamas, y producía veinticinco pesos de renta mensual.

Yo la dejaba hablar, cuando iba á verla, interrumpiéndola solamente si tocaba este punto, que la conmovía al grado de saltársele las lágrimas; pero aquella noche su recado me tenía inquieto, y no la dejé sino á

medias seguir la corriente de sus pensamientos á su gusto.

¿Que era lo que tenía que comunicarme? Esperaba la pregunta para impacientarme un poco. ¿Con qué me había interesado su recadito? Bueno; pues no me diría una palabra; había yo de adivinarlo; se trataba de un asunto muy interesante para mí. ¿No atinaba yo? Lo más interesante de todo... Vamos, lo que yo quería más.....

—Será de.....

—¡Dilo, hombre, no tengas miedo!

—De..... Remedios.

—¡De Remedios, hijito!

—¿Y que hay?

—Pero siéntate, no sea que te caigas al oírlo.

Sin quitar los ojos de los de Felicia, impaciente y ansioso, obedecí, por esa conformidad del que no quiere dilaciones ni de un segundo; mientras la muchacha gozosa, enchida de contento, con las palabras en la boca y la alegría anudada en la garganta, me miraba como saboreando mi confusión.

—¿Qué hay, repetí?

—Pues que la monísima Remedios viene dentro de dos meses.

—¡Vienes! exclamé deslumbrado.

—Sí, hijito, viene.

—¿Estás segura?

—Enteramentè. Doña Sabinita Llamas se lo escribe así á su hermana Luisa. Cuando leí la carta me puse á dar de brincos delante de todos, y llore un poquito. Ellos me preguntaban «¿Qué le pasa, Felicia?» «Que la quiero mucho, les contesté, porque es muy buena y muy guapa, y porque es la novia de Juan, y porque en viniendo ella, yo los he de casar lueguito, aunque el bárbaro de Don Mateo reviente.» Se quedaron muy admirados los tres, y yo les conté todo de pé á pá, que al fin no te has de enojar por eso; les dije que Remedios es lo más lindo y lo mejor que hay, y que no habría hombre que la mereciera, si tú no hubieras nacido, porque tú te puedes casar con la princesa de Francia, ¡y ya quisiera la princesa!

—Pero, hija.....

—Es la verdad, y no me desdigo.

La alegría súbita que se había apoderado de mí, con no sé qué de susto por la sorpresa, no me dejaba hablar ni pensar ordenadamente. Dí tres vueltas por el cuarto, mientras Felicia me enderezaba otra retahíla de elogios, de los que sólo oía yo la música sonora y argentina con que eran dichos.

La joven me obligó á sentarme y estar quieto para decirme lo que la carta contaba.

Remedios había estado enferma y mudando aires en una hacienda no distante de la capital del Estado, y se rehusó después á volver á la ciudad, hasta que su tío la llevó en el mes de Mayo á San Martín. En Junio hubo elecciones en el pueblo, y nombraron elector, entre otros, á D. Justo Llanas, quien sabía ya de buena tinta, que el diputado por San Martín al Congreso general que se reuniría en Setiembre, sería el Sr. Gral. Cabezudo.

—¡Diputado! exclamé con ira. ¡Diputado en México D. Mateo! ¡Un hombre que apenas sabe firmar! Esto es inaudito, espantoso, y el colmo de lo ridículo y de lo injusto. Se habrán propuesto elevar á ese salvaje has-

ta el cielo? Sin duda él mismo está pensando que se lo merece, y llegará al fin á creer de buena fe que vale mucho. Yo no puedo ver estas cosas sin que se me irrite la sangre y se me derrame la bilis..... ¡D. Mateo diputado! ¡Diputado!

El rencor despertó en mi alma, como si hubiera cobrado fuerzas con estar adormecido algún tiempo. Tal vez le había yo perdonado ya el ser General, cuando venía con un nuevo título bajo el brazo, para azotarme el rostro con él; y en mi corazón se fundían el odio y la envidia, engendrando un sentimiento solo, terrible para lastimarme, y tremendo para impulsarme contra aquel hombre.

Felicia, azorada, como incapaz de comprender el fiero movimiento de mi corazón, me siguió por el cuarto, me tomó de las manos, y con ingenua extrañeza me dijo:

—¿Y qué te importa que sea diputado, si trae á Remedios?

—¡Remedios.....! ¡Ciertamente.....!

Si ella venía ¿Qué me importaba lo demás? El nombre de la pedreña me llenó el alma,

y al ver fijas en las mías las expresivas pupilas de Felicia, aparté los ojos, avergonzado y confuso.

Volvimos á sentarnos, y yo procuré, en la animada conversación enmendar mi torpeza. Felicia charlaba con la verbosidad de la verdadera alegría que quiere manifestarse toda á la vez, comunicarse y propagarse en derredor; y yo, encadenado por sus palabras poco á poco, y embriagado después por sus esperanzas de color de rosa, la seguí, la seguí sin resistencia, luego con deleite, después con exaltación, hasta llegar, por una como seducción de la inocencia siempre optimista, al cielo de luz en que vivía el alma infantil, alegre y buena de la dulce niña. La vida era allí un idilio romántico, que se mantenía limpio, luminoso y tranquilo, á despecho y pesar del brutal realismo del mundo. Me ví en él y me sentí feliz, meciéndome voluntariamente en aquel dulce sueño engañoso, como el gañán miserable que busca en el sueño de la embriaguez el olvido y la compensación de su trabajo de bestia.

VIII.

Algo duro.

FUERON corriendo los días pesada y perezosamente, como si tuvieran gran trabajo para hacer rodar el mundo hasta el mes de Setiembre; y mientras tanto, la redacción del periódico, que había perdido el encanto de lo desconocido, que en los comienzos tuviera para mí, era ya un trabajo mecánico, más ó menos rutinario y fastidioso.

En la casa de huéspedes ibanse las cosas por el hilo de la costumbre, bien asentada ya desde mi ingreso. Don Ambrosio leía á Alamán con empeño que yo envidiaba, y le elogiaba con calor digno de mejor causa; en tanto que Jacinta daba de comer á la cotorra,

repitiéndole con heroica terquedad esas tonterías que se enseñan á todos los loros, como si los maestros estuviesen convencidos de que no se puede inventar nada mejor. Le daba el pan poniéndosele ella entre los labios; la llenaba de palabras cariñosas, que por falta de desahogo oportuno se le habían quedado almacenadas allá adentro; la regañaba con toda formalidad, como si fuera persona de entendimiento, y al fin le rasca-
ba la cabecita, que la cotorra entregaba pa-
cientemente, cerrando los ojos por complacencia ó por fastidio.

Joaquín siempre sucio y grosero, las uñas y el cabello crecidos, hablando obsenidades con la colilla del cigarro pegada en el labio inferior, alardeando de cínico y mal criado, la levita, más que vestida, colgada de los hombros. Pedro Redondo, su compañero, único capaz de aguantarle, echado en la cama durante el día y paseando por la noche, inútil para el estudio y quizá para todo lo que no fuera tener conocimiento de cuantas celestinas y mozas del partido había en la ciudad. Ferrusca, descendiente quizá de judíos,

é inclinado por atavismo al agio, seguía madurando el proyecto de cambiar la panadería en casa de empeños, y al decir de Don Ambrosio, matando de hambre al sobrino, tacaño y roñoso, si no era tratándose de los Torrubbios, á quienes enviaba diariamente una docena de los más delicados bizcochos. Entre tanto, Torrubbio, que era para el Agente de negocios una especie de comodín, no paraba en toda la mañana, ocupado, ya como apoderado, ya como testigo, ya como depositario, en los mil negocios de menor cuantía, que movía el agente con admirable destreza de titiritero práctico.

En la mesa, que era común á todos los huéspedes de Barbadillo, exceptuada la familia del Agente, había yo notado con disgusto que Doña Serafina Gomera era conmigo demasiado atenta y cuidadosa. Adivinaba mi deseo para pasarme un plato; celebraba ó aprobaba cuanto yo decía; me ponía los ojos encima siempre que hablaba; elogiaba el periódico y el periodismo en general, y aun llegó á poner en mi plato oficiosamente alguna presa que le pareció deli-

cada. Todo lo cual era recogido por Joaquín con maliciosa sonrisa, para dirigirme después puyas que me desagradaban en extremo.

Nada más natural que huir de aquella casa, procurando estar ausente la mayor parte del día; y esto hacía yo con la mayor diligencia, pasándome todo lo más del tiempo en la redacción, unas veces escribiendo, otras leyendo alguna cosa más ó menos útil, y otras charlando con Pepe y Carrasco.

En el piso bajo de la casa en que el director vivía, ocupaba la redacción un cuarto con ventana á la calle, desde el cual oíamos el ruido monótono de la prensa que sonaba á intervalos regulares en una pieza interior. La redacción era húmeda y fría; el tapiz viejo y desgarrado á partes, había perdido el color, las vigas descubiertas estaban adornadas con telarañas, y el piso de madera carcomida, hacía labor con todo ello admirablemente.

Dividía el cuarto una mesa grande y tosca colocada en el centro, sobre la cual muchos tinteros se habían volcado, según estaba la

carpeta de emborronada y sucia; sin faltar, hacia los bordes, largas y angostas quemaduras, como de cigarrillos que se dejan á un lado mientras se escribe, y arden olvidados hasta consumirse. La mesa era una confusión de periódicos, cuales enteros, cuales recortados por listas tijeras en momentos de apuro; los unos abiertos, los otros con la fajilla intacta; cuartillas emborronadas, volando éstas al soplar el viento de la ventana, pegadas aquellas á la carpeta por un chorro de estearina de la noche anterior; y en medio de todo, como señor absoluto y malhumorado, un diccionario descuardenado y con los cantos mugrientos, edición del año treinta y pico.

Media docena de sillas y un viejo estante de torcidos anaqueles, dormían pegados á la pared y llenos de polvo que nadie cuidaba de sacudir, después de la azotaina que el mozo *de arriba* les daba los domingos; las paredes estaban á trechos decoradas con algunos periódicos prendidos en mohosos ganchos, y entre ellos se distinguía por su ancha faz, un cuadro estadístico de la Re-

pública, de esos que se hacen á ojo de buen cubero y se dedican al señor ministro Don Fulano, en demostración de gratitud y adhesión.

Sin embargo, aquella redacción se animaba singularmente á ciertas horas. Pepe, Carrasco y yo nos sentabamos al rededor de la ancha mesa, y después de algún razonado parrafito que el estudiante enderezaba á Sabás, ó dedicaba al periodimo, á *La Columna* ó aun al propio Albar y Gómez, las tres plumas recorrían el papel, con suave rumor, resbalando tranquilas, uniformes, sin las suspensiones que la meditación exige, ni la agitada rapidez á que la inspiración obliga. Trabajabamos como escribientes no como escritores; no eramos artistas, sino obreros.

De repente Pepe alzaba la cabeza y encendía un cigarro.

—Señores, no es asunto de matarse. Descansen esas imaginaciones acaloradas, y oigan este trozo.

Y tras el aplauso que tributabamos al párrafo que nos leía, Sabás nos espetaba medio pliego de elogios al Gobernador H., que

pagaba veinticinco suscripciones del periódico y sólo recibía tres.

De vez en cuando, leía yo algo de lo mío. Aplausos, piropos formales y sinceros de Sabás y puyas de Pepe, acogían mi lectura, y no era poco frecuente que el estudiante me dijera:

—Muy bien; pero quite Vd. eso de «hasta cierto punto,» porque el Gobierno es perfecto hasta el punto de la perfección. Tampoco diga Vd. que casi todos los empleados cumplen exactamente con lo que la ley prescribe; porque ese *casi* tiene olorcillo y saborito de conato de oposición vergonzante.

Un día el director encargó que *se le dijera algo duro* al Gobernador X, cuya conducta no era muy cuerda, y que por rara coincidencia no pagaba suscripciones de *La Columna*. Al oirlo, sentí un escalofrío que me hizo temblar, y pedí para mí aquella importante tarea, por un impulso irresistible, que bien pudo ser inspiración.

Sentéme frente á un puñado de cuartillas, sintiendo interiormente aquella comezón inexplicable que me quemaba las entrañas en

ocasiones. Las bromas de Pepe, sus párrafos de lectura, las gacetillas que Sabás sometía á nuestra crítica, zumbaban en mis oídos, como el ruido de los coches que pasaban por la calle, sin distraerme ni apartar mi atención de la tarea que me absorbía por completo. Mi pluma arañaba el papel nerviosamente, hasta rociarle de tinta, guiada por los dedos temblorosos que se movían sin momento de reposo; y las ideas brotaban con facilidad, y caían en el molde de la palabra sin detenerse un punto, enteras, vivas y vigorosas.

Cuando hube concluido, mis compañeros tuvieron que escuchar mi lectura. El artículo llamaba á juicio al desdichado Gobernador; pintaba la situación del Estado al caer en sus manos, si no enteramente buena, puesta en el camino de serlo; después recorría rápidamente el primer año de su gobierno, y al llegar al segundo se detenía, examinando las leyes expedidas, los actos de los tribunales, imputándolos al mismo Gobernador; enumeraba actos atentatorios contra los ciudadanos dignos, y al fin presentán-

dole la Constitución á la vista, le estrechaba, le combatía, le acorralaba, hasta dejarle anadado y confundido.

Cuando concluí la lectura, Sabás fuera de sí, entusiasmado, casi loco se echó sobre mí y me estrechó en sus brazos, lanzando las más exageradas exclamaciones. Pepe estaba serio, mirándome con sincera admiración.

—No le creía yo capaz de escribir así, me dijo. Eso es soberbio.

Y continuó su trabajo sin alzar más la cabeza.

En efecto, el artículo, escrito con singular vigor, juntaba á la sonoridad de frases, robustez de estilo y fácil expresión de ideas. Sobre todo ello cayeron los elogios calurosísimos de Sabás, desmenuando los párrafos para demostrar mejor las abundantes perfecciones; y en ese trabajo le seguía yo, seducido por mi propia obra, deslumbrado y lleno de gozo.

Obligado á explicar el fenómeno de mi súbito mejoramiento, le atribuí á que por aquellos días me había dedicado á leer artículos y discursos de Castelar, á ciertos es-